

Wiley Cash

**Una tierra más amable que el hogar**

Traducción del inglés de  
Celia Montolío

**S**iruela

Nuevos Tiempos

*M. B. C.*  
*Para ti, por ti*

«Algo me ha hablado esta noche... y me ha dicho  
que he de morir, no sé dónde. Decía:  
“[La muerte es] perder la tierra que conoces por un conocimiento  
mayor; perder la vida que tienes por una vida mejor; dejar a los ami-  
gos que amaste por un amor más grande; encontrar una tierra más  
amable que el hogar, más grande que la tierra”».

*No puedes volver a casa*  
THOMAS WOLFE

# Adelaide Lyle

## Uno

Sentada en el coche mientras el polvo de la grava revoloteaba por el aparcamiento, vi el lugar no como era en ese preciso instante bajo el sol abrasador, sino como había sido doce o tal vez quince años atrás: una tienda de las de siempre con gente reunida en torno a la barra, la cola delante de la fuente de soda, niños pidiendo helados de casi todos los sabores imaginables, caramelos a granel, tortas de malvavisco, palomitas dulces con cacahuete y otras cosas que llevaba años sin pensar en volver a probar. Y si hubiera cerrado los ojos, podría haber retrocedido cuarenta o cincuenta años más y habría visto el edificio tal cual era en mis tiempos mozos: una puerta mosquitera cerrándose de golpe, quinqués encendidos que escupían humo negro, caballos polvorientos enganchados a los postes de fuera, donde el vendedor de hielo descargaba cada miércoles por la tarde en la que era la última parada de su ruta antes de salir de la hondonada, la plataforma de su camioneta encharcada con dos dedos de agua fría. Mucho antes de que llegase Carson Chambliss y quitase los anuncios, arrancase los viejos postes de enganche y tapase las ventanas de la fachada con aquel periódico, ahora amarilleado, para impedir que la gente se asomase al interior. Muchísimo antes de que, junto con los diáconos, sacase los refrigeradores rotos en una carretilla y cubriese el suelo de linóleo con filas de sillas plegables y ventiladores eléctricos que te soplaban el calor a la cara. Si hubiese mantenido los ojos cerrados podría haber visto todo esto iluminado por la tenue luz de un recuerdo como una cerilla prendida en una cueva cerrada al sol, pero como tenía los

ojos clavados en el parabrisas y a mi espalda se oía el paso fugaz de coches y camiones por la carretera, veía que no era más que un simple edificio de hormigón, y, salvo por el letrero que había al lado de la carretera, ni siquiera se notaba que era un templo. Y eso era exactamente lo que quería Carson Chambliss.

Justo después de que el pastor Matthews enfermase de cáncer y muriese en 1975, Chambliss se trajo aquí la iglesia desde el tramo alto del río que discurre por Marshall, un pueblecito de poca monta situado más o menos a una hora al norte de Asheville. Fue entonces cuando Chambliss puso el letrero al borde del aparcamiento. Dijo que lo de mudarnos había sido buena idea porque el templo de Marshall era demasiado grande para que en su interior se pudiera sentir el espíritu, y pienso que hubo quien le creyó; sé que algunos quisimos creerle. Pero la verdad era que al morir el pastor Matthews la mitad de la congregación se había marchado y no entraba suficiente dinero para que nos quedásemos en aquel viejo edificio. El banco se lo quedó y lo vendió a un grupo de presbiterianos, casi todos de fuera del condado de Madison, algunos ni siquiera de Carolina del Norte. Llevan diez años en ese edificio, y creo que se sienten orgullosos de él. Deberían. Era un edificio precioso cuando era nuestro templo, y a pesar de que no lo he pisado desde que nos marchamos, me figuro que lo seguirá siendo.

El nombre de nuestra congregación también cambió; de Iglesia de Cristo de French Broad pasó a llamarse Iglesia de Cristo de las Señales en la Carretera del Río. Bajo el nuevo letrero, justo al lado de la carretera, Chambliss rotuló las palabras «Marcos 16,17-18» con pintura negra; es más, le dio por predicar casi en exclusiva sobre ese pasaje, y por eso tuve que hacer lo que hice. Ya había visto bastante, demasiado, y había llegado la hora de marcharme.

Había visto a gente que conocía de casi toda la vida coger serpientes y beber veneno, acercarse fuego a la cara solo para ver si no se quemaba. Gente bien devota, además. Personas temerosas de Dios que jamás en su vida habían hecho cosas así. Pero Chambliss les convenció de que no había ningún peligro en desafiar la voluntad de Dios. Les hizo pensar que, si creían, no pasaba nada por asumir el reto. Y casi todos dijeron: «Aquí estoy,

Señor. Ven y tómame si es eso lo que quieres. Estoy preparado si Tú lo estás».

Y debían de estar preparados; o al menos eso espero, porque fueron muchos a los que vi que se quemaban y se envenenaban, y ni uno hubo que acudiese al médico si caía enfermo o se lastimaba. Por eso las mordeduras de serpiente me preocupaban tanto. Las víboras cobrizas y las serpientes de cascabel aguantaban solo hasta cierto punto, sobre todo con la música a todo volumen y con tanta gente bailando, chillando y desplomándose en el suelo, volcando sillas e imponiéndose las manos los unos a los otros. En todo ese tiempo, hasta que ocurrió lo de Christopher, a la iglesia no se le murió más que una persona de resultas de aquellos tejemanejes, al menos solo una que yo sepa: la señorita Molly Jameson, hace casi once años. Tenía setenta y nueve años cuando ocurrió, dos menos que los que tengo yo ahora. Sospecho que pudo ser una víbora cobriza la que la liquidó. Ahí estaba, subida sobre el pequeño escenario, en el momento en que Chambliss sacó la serpiente de la caja, cerró los ojos y se puso a rezar sobre el animal. Por aquel entonces no tendría más de cuarenta y cinco años; tenía el pelo negro cortado a cepillo como si hubiese servido en el ejército, y por lo poco que sabía de él puede que así fuera. No creo que hubiese entre nosotros ni uno que supiese a ciencia cierta de dónde venía, y si alguno decía saberlo me malicio que probablemente le habían mentido. Nada más terminar de rezar sobre la serpiente, se la pasó a Molly. Aquella mujer que nunca había tenido hijos la cogió con tanta delicadeza como si le estuviesen entregando a un recién nacido; a Molly, una viuda cuyo marido llevaba más de veinte años muerto debido a que se le hundió el pecho cuando su tractor volcó y lo empotró contra un árbol.

Pero como venía diciendo, cogió la víbora aquella como a un bebé, se quitó las gafas y la miró de cerca como si realmente lo fuera mientras las lágrimas le rodaban por la cara y los labios se le abrían y cerraban como si estuviese rezando o hablando tan bajito que solo la serpiente pudiera oírla. A su alrededor todos estaban demasiado ensimismados para prestarle atención, bailando, armando barullo y gritando palabras que nadie más entendía. Pero Chambliss seguía clavado en el sitio mirando a Molly. Tenía

agarrado el micrófono contra el corazón con aquella mano horrible que se le había quemado años atrás en el sótano de la tienda de piensos de Ponder. Me habían contado que él y unos cuantos hombres de la iglesia se habían reunido en el sótano para rezar, y que además estaban bebiendo queroseno y manipulando fuego cuando, no sé exactamente cómo, la manga de Chambliss se prendió y el fuego le devoró la camisa y le quemó el brazo de un modo espantoso. Más adelante contaron que incluso se le habían fundido los dedos, y que se los tuvo que separar y entablillar para que no se le pegasen mientras cicatrizaban. Nunca llegué a verle el brazo entero porque aquel hombre jamás se remangaba la manga derecha; la izquierda a veces, pero la derecha no. Y no me extraña. La mano derecha te ponía los pelos de punta, incluso una vez cicatrizada.

Como ya he dicho, mientras Molly cogía la serpiente Chambliss se mantenía a cierta distancia observando cómo se derramaba sobre ella el Espíritu Santo, y cuando le pareció que estaba llena de él se le acercó y le puso la mano sana sobre la cabeza. Después cogió el micrófono y rezó. Recuerdo al dedillo lo que dijo porque fue la última vez que oí predicar a ese hombre. Fue la última vez que puse los pies en aquel templo hasta hoy.

Dijo: «Jesús, oh, buen Jesús, toma a esta mujer y llénala de tu espíritu de la cabeza a los pies. Llénanos a todos, buen Jesús, de tu bondadoso Espíritu Santo. Elévanos en tu nombre, buen Señor». Y dicho esto, puso la mano sana debajo del codo de Molly y la ayudó a elevar la serpiente sobre su cabeza. Él se apartó muy muy despacio, y ella permaneció donde estaba sosteniéndola en alto como para asegurarse de que Dios la veía, los ojos bien cerrados, los pies corriendo sin moverse del sitio, su boca articulando una oración que probablemente no había rezado en toda su vida.

Sucedió al bajarla. La primera vez que la atacó le mordió justo debajo del ojo izquierdo, en el pómulo. Y cuando fue a quitársela de la cara le agarró la mano derecha, justo entre el pulgar y el índice, y se resistía a soltar. Molly gritaba y chasqueaba a la serpiente como si fuera un látigo, pero la serpiente tenía demasiada fuerza. Chambliss dejó caer el micrófono, y entre él y dos de los diáconos la tumbaron allí mismo, delante de toda la congregación. La sujetaron y por fin lograron que los colmillos

se desprendieran de su mano. Por el modo de manipular a la serpiente se notaba que no querían herirla, pero tampoco que les mordiese. Chambliss la cogió con todo el cuidado del mundo y después abrió la tapa de la caja con la puntera de la bota y dejó que la cosa aquella volviese a deslizarse en su interior. Todos interrumpieron sus bailes cuando oyeron gritar a Molly, y enseguida cesó también la música. Jamás había habido tanto silencio en el templo, hasta que Chambliss se arrodilló al lado de Molly y le acercó el micrófono a los labios como si esperase que dijese algo. «Venga», le dijo, pero lo único que se oía eran los jadeos de Molly, como si le faltase el aliento. Alguien le trajo un vaso de agua, y los dos diáconos la ayudaron a incorporarse y a echar un trago. Cuando la sentaron, se veía que la mejilla se le había empezado a poner azul, y tuvieron que inclinar el vaso de agua sobre su boca porque casi se le habían cerrado los labios de tan hinchados que estaban.

—Hermana Jameson —dijo Chambliss—, has dado un gran paso de fe, y todos somos testigos de tu creencia en que el amor de Jesucristo habrá de protegerte y mantenerte a salvo, ya sea aquí con nosotros en esta tierra pecaminosa o con Él en la gloria. —Un susurro de «amenas» ascendió de entre los fieles, y la gente subió los brazos por encima de la cabeza en gesto de aleluya—. Voy a pedir a los demás diáconos que vengan aquí conmigo y te impongan las manos, hermana, y tal vez el buen Señor tenga a bien que te acompañemos con nuestras oraciones.

Se oyeron sillas arrastrándose por el suelo, y varios grupos de hombres subieron al escenario, se arrodillaron en torno a Molly, le impusieron las manos y rezaron distintas plegarias, algunas en lenguas, otras invocando a Dios y pidiéndole que la salvase. Chambliss permaneció de rodillas a su lado con los ojos cerrados, la mano sana sobre su cabeza, la quemada sin soltar el micrófono.

—Dios ha enviado a sus ángeles —susurró—. Oigo sus pisadas sobre el tejado que nos cubre; oigo el sutil revoloteo de sus alas, Molly. Dios ha enviado a sus ángeles para que te acompañen en esta mañana de hoy, y no sabemos si están aquí para velar por ti y mantenerte con nosotros o si los ha enviado para que te transporten a tu hogar en la gloria celestial; pero los sentimos aquí con nosotros, sí, los sentimos, y sentimos que el amor de Jesús

se está derramando sobre nosotros en estos momentos. –Miró a la congregación–. Y el pueblo de Dios dijo: «Amén».

–¡Amén! –respondió la gente a gritos. Chambliss se levantó y nos miró, y después volvió a mirar a Molly, que estaba allí tum-bada en medio de todos aquellos hombres que seguían rezando sobre ella.

–Pero el mundo no se reduce al pueblo de Dios –dijo–. Al mundo no le ha sido dado saber lo que nosotros sabemos. El mundo no entenderá la fe de esta mujer; no entenderá que quie-ra coger esta serpiente para vencer al Diablo. Y os aseguro que el mundo jamás entenderá la voluntad de Dios de concederle a Molly que vuelva a casa con Él.

–¡Así es! –gritó alguien–. ¡Aleluya!

–Pero nosotros sabemos –continuó Chambliss–. Nosotros sabemos lo que está en juego aquí. Sabemos que Dios tiene un plan para su pueblo. Sabemos que Dios solo permite entrar en el Cielo a los justos. Sabemos que Dios solo se lleva a su casa a quienes lo merecen.

–¡Amén! –dijo otra voz.

–Y yo os digo –dijo Chambliss– que el día en que uno de no-sotros vuelve a casa es un buen día. Que la mañana de domingo en que Jesús llama de nuevo a su lado a uno de los nuestros es una mañana hermosa. ¡Aleluya! –Dejó caer las manos a los costados y cruzó hasta el fondo del templo arrastrando los pies como si estuviera bailando–. ¡Qué alegría me da verlo! Nada de lágrimas. Nada de tristeza. ¡Aleluya! Alegría sin más. Alegría porque esta mujer retorna al hogar. ¡Tenemos hoy en nuestro templo el poder del bondadoso Espíritu Santo, alabado sea el Señor! –Miró a la señora Crowder, que estaba sentada al piano, y le hizo un gesto con la cabeza; al instante, la señora Crowder comenzó a tocar y a aporrear las teclas. A continuación entraron la batería y la guitarra, y cuando quise darme cuenta la congregación se había arrancado con *El poder del Espíritu Santo* y todo el mundo se había puesto a bailar y a cantar como si nada hubiera sucedido, como si hubiese olvidado por completo que la señorita Molly Jameson se estaba muriendo de una mordedura de serpiente allí mismo, delante de todos nosotros, la música tan alta y vibrante que la notabas en el pecho. Un par de diáconos recogieron a Mo-

lly y la sacaron del templo por el pasillo central, por delante de todos los reunidos, pero ni una sola persona pareció darse cuenta.

A los pocos días, me encontraba en la oficina de correos de Marshall cuando oí que una mujer le contaba al cartero ante el mostrador que el miércoles por la tarde la cuñada de Molly había pasado por su casa y se la había encontrado muerta en el huerto. Dijo que estaba tumbada boca abajo en un surco de tomateras, la pala todavía en la mano.

—Y ¿de qué murió? —preguntó el cartero. Se humedeció el dedo con la lengua y empezó a contar billetes de un dólar para darle el cambio a la mujer, desplegándolos después sobre el mostrador como un abanico.

—No saben qué le pasó exactamente —dijo la mujer. Arrancó un sello de la hoja que le acababa de dar el cartero, lo chupó y lo alisó sobre la carta antes de entregársela—. Pero creen que debía de haber alguna serpiente escondida entre las tomateras. Para cuando se la encontraron el miércoles ya tenía negra la mano derecha, y también un bulto negro debajo del ojo. Bien redondo y durísimo —añadió—. Y brillante, igualito que una manzana madura de no haber sido tan negro.

Aquel viernes enterraron a Molly, y Chambliss pronunció el sermón en su funeral.

Después de aquello comprendí que mi iglesia no era el lugar adecuado para adorar al Señor, entonces me di cuenta de que no podía quedarme. Había pertenecido de una manera o de otra a esa iglesia desde jovencita, pero las cosas habían llegado demasiado lejos y ya no podía seguir haciendo la vista gorda. Si la muerte de Molly Jameson delante de toda la congregación no había bastado para que Carson Chambliss se convenciera de que tenía que poner fin a sus tejemanejes, ¿por qué iba a cambiar de opinión el día en que alguien se prendiera fuego y redujese el templo a cenizas? No había en el mundo suficiente estricnina para pararle los pies; no existía ningún tipo de serpiente que aquel hombre no estuviera dispuesto a coger para pasársela a otros.

A pesar de que el periódico en las ventanas impedía que la gente echase un vistazo al interior del templo, me figuro que en el pueblo todos sabían lo que estaba sucediendo, y no habría de pasar mucho tiempo antes de que se presentase allí la ley para inten-

tar interrumpirlo. Todo aquello no me gustaba nada, y sabía que si no era un lugar seguro para una anciana aún menos podía serlo para los niños; así que recé y recé pidiendo ayuda, y Dios quiso depositarla en mi corazón. «Addie», dijo bien clarito, «tienes que salir de esa iglesia; y sabes que no puedes dejar atrás a los niños». Entonces supe que tendría que hacer frente a Carson Chambliss, que tendría que decirle que lo que estaba haciendo estaba mal.

Me acerqué al templo el siguiente domingo por la mañana temprano, la semana después de que muriera Molly Jameson, y detuve el coche justo cuando Chambliss y el diácono Ponder descargaban la última caja de la parte de atrás de la camioneta de Ponder. Bajé del coche y me quedé mirándolos. Chambliss debía de haber tenido algún tipo de premonición sobre mis intenciones, porque al verme interrumpió la faena y me miró, y acto seguido le pasó su caja a Ponder.

—¿Me metes esto, Phil?—preguntó—. Voy a quedarme aquí fuera a charlar un rato con la hermana Adelaide. —Cerró de un golpe la portezuela de la plataforma de la camioneta, y Ponder asintió con la cabeza, me sonrió y siguió hacia el templo. Chambliss se sacudió el polvo de las manos y se acercó hasta mi coche—. Ha venido muy temprano —dijo. Sus ojos se entrecerraron para impedir el paso del sol, y levantó la mano sana para protegerse los. Tenía el rostro rubicundo y curtido como la mayoría de los lugareños, que han pasado demasiado tiempo faenando bajo el sol o fumando más cigarrillos de la cuenta, o quizá ambas cosas.

—Quería venir con tiempo porque tengo que hablar con usted de un par de asuntos.

—¿Qué asuntos?

—De lo que ha ocurrido —dije. Me temblaba la voz, pero hice todo lo posible por ocultarlo porque no quería que notase que me daba miedo contrariarle—. Quiero hablarle de lo que le pasó a Molly el domingo pasado.

—¿De qué quiere hablar? —me preguntó—. Usted estaba allí. Lo vio. Dio un paso de fe y el Señor se la llevó.

—Pero no está bien —dije—. No está bien lo que le hicieron.

—¿A qué se refiere con eso de que «no está bien»?

—No está bien lo que le hicieron después de la ceremonia —dije—. Llevarla a casa y dejarla tirada sin más en medio del huer-

to, con la esperanza de que alguien la encontrase antes de que los animales la empezasen a devorar. La gente tiene derecho a saber estas cosas.

—¿Qué gente? —preguntó—. Todos los que la amaban de verdad y a los que ella amaba saben lo que ocurrió. —Señaló el templo—. Todos y cada uno estaban en el interior de este templo cuando ocurrió. El resto no merece saber nada más. Aparte de nosotros, no hay nadie en este mundo que tenga por qué saber nada. Lo que es a ella, no le va a hacer ningún bien, y a nosotros lo único que puede traernos son problemas. —Se apartó la mano de los ojos y los entrecerró para protegerse del sol.

—La gente habla —dije—, sobre todo en un pueblo como Marshall, sobre todo acerca de una iglesia como esta. Por mucho papel de periódico que ponga para que no se vea el interior, no impedirá que hablen.

—Bueno —dijo—, confío en que los miembros de mi congregación sepan con quién se puede hablar y con quién no. Pero si está usted pensando en sacar nuestros asuntos fuera del templo, mejor que me lo diga ahora. Necesito saber que puedo confiar la obra del Señor a los miembros de mi congregación.

—De acuerdo —dije—, porque yo no puedo seguir formando parte de esto.

—¿Qué planes tiene? —preguntó.

—No puedo seguir formando parte de esto —repetí—. Abandono la iglesia, y quiero llevarme a los niños conmigo.

Sonrió y se limitó a mirarme como si fuese a reírse en mi cara.

—Conque esas tenemos —dijo—. Así que va a sacar a los niños de mi iglesia y a enseñarles a su manera, a enseñarles sus creencias personales. Y ¿usted qué derecho cree tener?

—Antes de que construyeran el hospital ayudé a traer al mundo a prácticamente todos los chiquillos que han pisado este templo —dije—. Y a la mayoría de sus madres y de sus padres, también. No digo que esté a cargo de sus espíritus, pero después de haberlos traído a este mundo tengo el deber de velar por su seguridad. Y lo que sí le puedo decir es que este no es un lugar apropiado para niños —dije—. Sencillamente no es seguro.

—Hermana Adelaide —dijo—, con la de tiempo que llevo pastoreando esta iglesia usted ya debería saber que protegemos a

nuestros niños, y créame que jamás permitiría que un chaval cogiera una serpiente, bebiese veneno ni nada por el estilo. Y usted lleva aquí el tiempo suficiente para saber que lo que hacemos es la Verdad y que nuestros niños necesitan verla. Nuestros niños tienen que criarse en ella.

—Y usted debería saber que los niños no saben guardar secretos sobre lo que ven —dije.

Se cruzó de brazos y se echó hacia atrás hincando los tacones de las botas en el suelo. Volvió la cabeza y miró hacia el otro lado del río en dirección al centro de Marshall, como si estuviese pensando en lo que acababa de decirle. Después volvió la cabeza y me miró de nuevo.

—¿Y usted, hermana Adelaide? ¿Usted sabe guardar un secreto?

—Sí —dije—. Pero preferiría no conocer ningún secreto que haya que guardar, y no los conoceré si me mantengo fuera de su templo. Una iglesia no es el lugar indicado para ocultar la verdad, y una iglesia que la oculta no es el lugar indicado para mí. Tampoco para los niños.

Chambliss nunca me perdonó que sacase a los niños del templo. Después me advirtió que al abandonar la iglesia estaba abandonando mi vida tal como había sido hasta ese momento, y que aquella gente jamás me aceptaría como antes y que siempre sería una intrusa. Le dije que no abandonaba la iglesia, que solo le abandonaba a él, pero sabía que tenía razón. Perdí amistades de toda la vida, y me dolió. Me sigue doliendo. Pero durante diez años mantuve fuera a aquellos chiquillos, los mantuve a salvo. Nada más empezar el oficio, cruzaba la carretera con ellos y si hacía bueno los bajaba al río, y en invierno, o si llovía, la gente me los acercaba a casa. Al acabar la escuela dominical, salían fuera a jugar. A veces construíamos cosas, coloreábamos dibujos y cantábamos. Pero en diez años no volví a pisar aquel templo, y en todo ese tiempo apenas le dije una vez hola a Carson Chambliss. Lo cierto es que todo fue sobre ruedas durante una temporada, con aquella pequeña tregua. Yo tenía mi pequeña congregación y él tenía la suya, y apenas había relación entre nosotros. Me parecía que estaba haciendo con aquellos niños lo que el Señor quería que hiciera.

Pero debería haber sabido que las cosas no podían seguir así para siempre, también debería haber sabido que volvería a suceder algo terrible. Eso sí, jamás habría podido adivinar que le sucedería a uno de los míos. Sí; intenté mantener a los niños fuera del templo y durante diez años lo logré, pero aquellos diez años no tuvieron el menor efecto en Carson Chambliss, aparte de volverle diez años más viejo e intrépido, y también diez años más temerario. Y aquí estaba yo, un jueves por la tarde, sentada frente a un templo al que no había pensado volver a ver nunca por dentro, esperando para hablar con un hombre con el que me asustaba quedarme a solas. Era la única vez en mi vida que había ido a la iglesia movida por el miedo.

Sentada en el interior del coche con las ventanillas bajadas y las llaves colgando aún del contacto, clavé la vista en el templo a través del radiante calor y me lo imaginé sentado allí dentro, esperando en medio de toda aquella oscuridad. El polvo de grava que revoloteaba por el aparcamiento sonaba igual que unos pies descalzos que se habían arrastrado por mi pasillo la noche anterior, cuando Julie se detuvo en mi puerta a mirarme mientras yo me encorbaba sobre la cama vestida con la ropa del funeral. Terminé de doblar la colcha y después me di la vuelta, me quedé junto al edredón que estaba echado por encima del piecero y, a la vez que me alisaba el vestido, la miré. Julie no tenía ningún vestido negro que ponerse porque cuando sucedió todo no le había dado tiempo a coger casi nada de su casa, y acabé dándole uno de los míos. Hacía años que no me lo ponía, y creo que mucho antes de que fuera mío ya se había pasado de moda, pero dio la impresión de que lo agradecía y además le sentaba de maravilla. Casi parecía una niña, y eso que era una mujer de treinta y pocos años que acababa de enterrar a su hijo. A la vuelta del funeral, se metió en el dormitorio de enfrente y cerró la puerta. Oí cómo crujían los viejos muelles de la cama cuando se tendió encima. La imaginé tumbada en la cama con los ojos abiertos de par en par mirando al techo hasta que la habitación estuviera demasiado oscura para verlo. Después abrió la puerta y cruzó el pasillo con el pelo suelto, largo y bonito a más no poder. Aproximadamente del color del maíz dulce. Noté que había llorado un poco más.

–¿Se acuesta ya? –me preguntó. Asentí con la cabeza y traté de sonreírle.

–Eso pensaba –dije–. ¿Necesitas algo antes?

–No, señora –dijo–. Creo que estaré bien. Solo quería decirle otra vez lo mucho que le agradezco que me permita quedarme aquí. No será por mucho tiempo. Solo hasta que decida lo que voy a hacer.

–Dios mío, muchacha –le dije–, te puedes quedar aquí todo el tiempo que necesites. No hace falta que tomes ninguna decisión, sobre todo esta noche, con todo lo que ha pasado.

Bajó la vista hacia el precioso cabello rubio que le caía por el hombro hasta el pecho, se cogió las puntas y se las pasó por los dedos como si se estuviera sacudiendo algo de las manos.

–El pastor me ha dicho que quiere verla –dijo–. Mañana por la tarde, en el templo. Dice que sobre las tres.

Se soltó el pelo y se lo volvió a echar con las dos manos por detrás de los hombros, y después levantó la cara y me miró.

–Podría habérmelo dicho él en persona –dije–. Y podría haber ido hoy al funeral de Christopher. No está bien que no haya ido.

–Pensó que sería mejor así –dijo ella–. Quiero decir, después de todo lo que ha pasado.

–¿De veras? –dije–. Un niño se muere mientras él está oficiando, y va y piensa que es una buena razón para no ir. A mí no me parece bien. –Me levanté de la cama, encendí la lamparita de la mesilla y me acerqué al armario a por el camisón que estaba colgado tras la puerta–. Supongo que no querrás venir conmigo, ¿no?

–Dijo que quiere que vaya usted sola.

–No puedo decir que me sorprenda demasiado.

No había ni un solo coche en el aparcamiento aparte del mío y del viejo Buick de Chambliss. Abrí la puerta, planté los pies en el asfalto y miré hacia la pendiente que bajaba a la orilla del río, al otro lado de la carretera. El centro de Marshall estaba a un par de kilómetros río arriba, demasiado lejos para oír el ruido de los coches, las voces de la gente o cualquier otra cosa que pueda oírse un jueves por la tarde en un pueblecito. Daba la impresión de que todo estaba muy tranquilo, como si ni siquiera hubiese nadie

en la calle. Volví la mirada hacia el templo y vi la pradera verde que se extendía por detrás, los árboles que se alzaban al fondo en el lindero del bosque. No se oía nada salvo una brisita y el sonido del río que discurría suavemente al otro lado de la calle. Bajé del coche, cerré la puerta y me quedé allí quieta durante un rato que se me antojó una eternidad, intentando entender qué habría ocurrido aquí el domingo por la noche, intentando imaginarme lo que me iba a ocurrir a mí.

Y no miento si digo que abrir la puerta y pisar el templo fue como entrar directamente en lo más oscuro de la noche. Los periódicos de las ventanas bloqueaban el paso del sol, y con aquellas paredes revestidas de paneles de madera oscura mis ojos tardaron un buen rato en acostumbrarse a tanta negrura; apenas veía nada hasta que lo hicieron. Cuando por fin se adaptaron, vi las losetas de linóleo rotas por las que había asomado el suelo de cemento cuando sacaron a rastras los refrigeradores. En diez años no había cambiado ni un ápice. Fui siguiendo las losetas por el centro de la sala, donde las sillas plegables se separaban para abrir un camino que llevaba hasta el fondo del templo. A duras penas pude distinguir a Chambliss, que estaba sentado en una silla justo en primera fila. Estaba de espaldas a mí, y ni siquiera se giró cuando la puerta se cerró a mi paso. Tampoco se dio la vuelta para hablarme; se limitó a permanecer sentado mirando al frente.

—Hermana Adelaide —dijo—. Tenía la esperanza de que se decidiese a venir.

—Julie me dijo que quería verme —dije—. Y aquí estoy.

—Y aquí está —dijo—. Me alegro de que haya venido. Qué bien tenerla de nuevo en nuestro templo. —Extendió el brazo sobre el respaldo de la silla contigua, y por fin volvió la cabeza y me miró—. Acérquese y tome asiento a mi lado.

Ahora veía bien su cara, y, salvo las sienes plateadas, no había cambiado. Sus ojos tenían el mismo aspecto impenetrable y distante de siempre.

Seguí avanzando por el pasillo central entre las filas de sillas plegables. Había un silencio sepulcral porque no había encendido el aire acondicionado de la ventana ni ninguno de los ventiladores de suelo, y la atmósfera caliente y sofocante casi me

cortaba la respiración. Al llegar a las primeras sillas, vi que en el suelo, pegada a sus pies, había una de aquellas cajas de madera. Tenía una trampilla de bisagras en la parte de arriba, y advertí que el cierre de la trampilla estaba abierto. Me quedé mirándola y después miré a Chambliss. Me miraba fijamente y sonreía como si se le acabase de ocurrir algo gracioso que contarme. Su brazo izquierdo seguía extendido sobre el respaldo de la silla contigua. Lo retiró y dio unas palmaditas al asiento.

—Síntese —dijo. No quería sentarme tan cerca de él, así que pasé de largo y tomé asiento varias sillas a su derecha. En ese momento, retiró el brazo y se cubrió la mano derecha con la izquierda, como si no quisiera que viese el aspecto atroz de la mano quemada. Permanecemos un rato sentados en el más absoluto silencio. Crucé los pies y me eché un poco hacia delante hasta que mi espalda ya no tocaba la silla, y él siguió allí sentado con los pies pegados al suelo y las manos sobre el regazo, la izquierda cubriendo la derecha de manera que casi no se veía.

Alguien había colgado todo tipo de imágenes y calendarios en la pared del fondo, detrás del escenario, y prácticamente todos tenían una imagen de Jesucristo: Jesús predicando en Getsemaní; Jesús en Pentecostés; Jesús tendiendo las manos a Tomás *el incrédulo* para enseñarle por dónde lo habían atravesado los clavos. Desde mi sitio veía que había un viejo calendario de la Funeraria Samuel y varios más de un par de tiendas de Marshall y Hot Springs, además de uno del antiguo banco. Algunos calendarios eran tan viejos que solo se podían ver las imágenes, porque las letras casi ni se leían. Entre los calendarios y las imágenes, justo en medio de la pared, había un enorme cuadro enmarcado de Moisés cogiendo una serpiente delante de la zarza en llamas. Me quedé mirando el cuadro de Moisés y pensé en el momento en que vio que el cayado cobraba vida allí mismo, en el suelo, y me pregunté cómo se habría sentido cuando la voz del Señor le ordenó que la cogiese por la cola. Desplacé la vista del cuadro a la caja que estaba en el suelo delante de Chambliss.

—Sé que el *sheriff* ha ido a verla —dijo.

—Sí —dije—. Así es. Hace unos días.

—Y supongo que iría cargadito de preguntas sobre lo que ocurrió aquí el domingo.

–Alguna pregunta me hizo –dije–. Pero yo no tenía respuestas que darle. Le dije que no podía decirle lo que hacen ustedes en este templo. Este ya no es mi lugar; a pesar de que pertenezco a esta iglesia durante cincuenta y tantos años, hace mucho que dejó de ser mi lugar. Eso fue lo que le dije.

–¿Cuál es su lugar, hermana Adelaide? –me preguntó.

Volvió la cabeza y me miró con el semblante más inexpresivo que jamás he visto en un hombre. Yo también le miré, y entonces algo me llamó la atención y bajé los ojos, y vi que aquella mano espantosa se había cerrado en un puño y que intentaba tapársela con la izquierda; pero era como si no pudiese y empezó a frotarse los dedos contra el dorso de la mano derecha, y yo seguí allí quieta con la mirada clavada en sus dedos, incapaz de apartarla.

–¿Cuál es su lugar? –insistió. Sus dedos se detuvieron, abrió el puño y apoyó las palmas de las manos sobre los muslos. Le miré.

–Mi lugar está con los niños de esta congregación –dije.

–¿Ah, sí? –preguntó.

–En efecto, ahí está.

–Conoce bien la Biblia, ¿verdad, hermana Adelaide?

–Así es –dije–. La conozco muy bien.

–Entonces recordará Mateo 9, 33 –dijo–. Si conoce la Biblia, sabrá que dice: «Y habiendo sido lanzado el demonio, habló el mudo». Y supongo que también conocerá Mateo 17, donde se habla del hombre que acercó a su hijo a Jesús porque un demonio le había hecho enfermar y los discípulos no tenían la fe suficiente para sanarle.

–Me sé las dos historias –dije–. Las he leído muchísimas veces.

–No son historias –dijo–. Créame lo que le digo. –Apartó la vista de mí para dirigirla a la pared en la que estaban colgadas las imágenes de Jesús–. Jesús cogió al muchacho aquel del libro de Mateo –continuó– y lo sanó. Les dijo a los discípulos que carecían de la fe suficiente, y les prometió que a poco que su fe fuera del tamaño de un granito de mostaza, podrían mover montañas. –Apartó la mirada de los cuadros y volvió la cabeza hacia mí–. Con eso, hermana Adelaide, con esa pizquita de fe, habría bastado; pero no la tenían. No tenían la fe suficiente para expulsar a aquel demonio. Jesús lo tuvo que hacer solo.

—Usted no es Jesús —dije—. Y Christopher no tenía ningún demonio dentro. Nació así; yo estaba allí cuando vino al mundo, y le digo que Dios nos hace tal y como necesita que seamos. Yo en su lugar pensaría en esto la próxima vez que se le ocurra intentar cambiar cosas que no es asunto suyo cambiar. A mí me daría miedo tentar a un poder de ese tipo.

Me sonrió como si lo que acababa de decir tuviese gracia, y quise decirle que no era mi intención que sonase a chiste. Volvió a girar la cabeza hacia la pared del fondo y a frotarse incesantemente los dedos sobre el dorso de la mano. En fin; yo estaba ya más que harta de su charleta y de su pequeña lección sobre la Biblia, y no pensaba quedarme allí sentada contemplando aquella mano más de lo necesario. Descrucé los pies, me alisé la falda y me dispuse a levantarme para marcharme, y fue en ese momento cuando la sentí en la nuca.

Lo que hizo a continuación ni siquiera lo tengo tan claro como para contar lo que sucedió exactamente, pero en el mismo instante en que la noté sobre mi piel supe lo que era; al tacto era igual que la mano de un muerto, fría y húmeda a más no poder. Chambliss me agarró del cuello justo por encima de la camisa y me obligó a arrodillarme allí mismo, al fondo del templo, y entonces oí cómo la puntera de su bota abría de una patada la trampilla de la caja. Me soltó el cuello y me enganchó del brazo, y antes de que pudiera darme cuenta siquiera de sus intenciones ya me había metido el brazo hasta el fondo de la caja y me lo estaba sujetando con la mano a la que en tiempos había prendido fuego. Intenté sacarlo de un tirón, pero Chambliss era demasiado fuerte y cuando quise levantarme me hincó una rodilla en la espalda, entre los hombros. Mis pies estaban raspando el suelo, y di una patada a una de las sillas de metal que tenía detrás, en la primera fila. La silla se volcó y el estrépito retumbó por el suelo. Chambliss hizo como que no lo oía. Seguí pateando, buscando algo que pudiese ayudarme a levantarme, pero no había nada.

Chambliss se cernía sobre mí y me agarraba con fuerza como si yo fuese una especie de cerdo que estaba a punto de matar y temiese que huyera antes de conseguirlo. De nuevo intenté tirar para soltarme la mano, pero la tenía bien agarrada, y yo sentía la piel fría y suave de sus dedos cerrados en torno a mi brazo.

–Shhhh –susurró–. Ahora no se enfrente a ella. No se enfrente.

Me rendí y dejé de forcejear con él, y vive Dios que en ese momento fue cuando me puse a rezar. Cerré los ojos y aparté la cabeza de la caja, y justo entonces la oí en su interior; al principio no hacía apenas ruido, como el rumor de un suave viento entre los tallos secos del maíz, pero después el cascabeleo fue subiendo de tono hasta que ya no pude obligarme a fingir que se trataba de otra cosa. Cerré los ojos con todas mis fuerzas y me imaginé lo que sería sentir la mordedura de sus colmillos, algo así como un fuerte picotazo de abeja, y también el veneno circulando por mis venas, directo al corazón. Me vi a mí misma sacando el brazo de la caja después de que me hubiese atacado, la piel de mi mano ya ennegrecida en torno a los dos agujeros y las venas azules cada vez más enturbiadas por el veneno. Vino a mi mente la imagen de la señorita Molly Jameson, su cara hinchada, sus esfuerzos por respirar, cómo se la habían encontrado tirada en medio del huer-to sin la menor idea de cómo había llegado hasta allí. De verdad que pensé que me moría, y me preparé como pude para lo que pudiera pasar después de muerta.

–No tiene miedo, ¿a que no? –susurró Chambliss. Intenté decirle algo, pero era como si las palabras se me atragantasen en la garganta y no pudiese esputarlas para hablar. Chambliss me estrujó el cuello y me zarandeó de lo lindo, y en ese momento noté que la serpiente daba sacudidas contra el techo de la caja y pensé que, sin lugar a dudas, me había mordido–. ¡Que si tiene miedo! –me gritó entonces.

–No –dije finalmente, tan bajo que casi ni me oí a mí misma–. No tengo miedo.

–Si cree, no debe tener miedo –susurró–. Si tiene fe, no hay nada en este mundo que pueda hacerle daño. Ni la ley, ni el hombre. No hay nada a lo que deba temer, salvo al Señor.

Nada más decirlo, sentí que su mano me soltaba el brazo; lo saqué en un abrir y cerrar de ojos por la trampilla de la caja y me lo apreté contra el cuerpo con la otra mano. Oí que cerraba la trampilla con la bota y después le oí por detrás, colocando bien la silla. Aún no había abierto los ojos porque hasta para eso tenía demasiado miedo, y permanecí de rodillas en el suelo con los brazos recogidos por debajo de la barbilla como si estuviera

rezando. Oí sus pisadas cuando dio la vuelta por delante de mí; se inclinó, cerró el pestillo de la caja y la cogió por el asa. Notaba que estaba a mi lado mirándome porque le oía resoplar, pero por lo demás todo volvía a estar silencioso, tanto que casi era como si nada hubiese sucedido.

—Espero verla el domingo —dijo al cabo—. Si se anima, entre y súmese a nuestro oficio.

Permanecí agachada en la primera fila del templo y oí que sus pisadas se alejaban por el pasillo central en dirección a la puerta. Oí que la abría y salía, y nada más hacerlo mis ojos percibieron la explosión de luz que entró por la puerta a pesar de que los tenía bien cerrados. Chambliss estaba fuera, pero yo me quedé clavada en el sitio hasta que oí que el motor de su coche se aceleraba; tampoco me moví cuando le oí salir a la carretera para dirigirse hacia la autopista. Una vez que estuve segura de que se había marchado, abrí los ojos y traté de mirar en derredor para orientarme; pero ya no entraba luz por la puerta, y pensé que mis ojos tendrían que adaptarse a la negrura que se había vuelto a apoderar del templo.